El derecho al olvido

10:56, tiempo, amor, muerte. La guerra terminó.

La mejor etapa del duelo, la más gratificante es cuando mandas todo a la mierda. No porque el tiempo cure nada “per sé”, ¡no! de hecho, en mi caso, por lo contrario, y porque justo ese día, en un arranque de conciencia objetiva, en que es más poderosa la ira que olvido, se hizo presente la epifanía de lo irremediable. Dolía tal cual, como cada día o cada noche, pero es mas una necesidad, una urgencia racional.

Recuerdo que entré a mi casa escudriñando cada metro cuadrado y me sentí ahogado en ese espacio atestado de recuerdos y cosas, cosas del mundo, cosas “que fui”, así, entrecomillado porque fui y no. Tras horas de labor, de bajar y subir las escalas, de repente abrí la puerta y solo pude escuchar el eco, podía escuchar mi corazón acelerado del esfuerzo y ya no el murmullo humillante de la representación de recuerdos.

De repente el tiempo presente es un mundo de sombras y por fin mi casa representa consecuentemente el estado actual de las cosas y de mí. Ahora solo soy yo y solo me queda el enfrentamiento decidido con lo único que realmente importa.

Salir del marasmo es realmente un impulso homicida, con cada cosa que ya carecía de propósito y que destruí aquel día, asesinaba un recuerdo. Era un impulso violento más que nada.

Y en ese símil de lienzo, manchado de sombras indeterminadas ahora, pensaba que, en realidad, nada muere si lo ves de otra forma: en realidad nada existe; si entiendes que cada cosa es inteligible solo en la medida de la carga emocional que le hemos brindado y que el mañana no es una promesa, tal como el presente no fue al final el resultado de un ayer, entonces trasciendes al sinsentido de acumular cosas y recuerdos.

Cada cosa tenía una forma objetiva que ya no es más, y que mas que su esencia objetiva representaba la carga subjetiva de mis miedos e ilusiones.

El reloj que pendía en mi sala no era solo un objeto con el propósito de medir el transcurso de las horas, era la medida de una ausencia y en otro tiempo la medida de la ansiedad del encuentro. Un solo objeto que según la mirada de recuerdos o angustias cumplía un propósito totalmente diferente: la medida de la alegría (otrora) y ahora del dolor.

Y así entre la penumbra en que solo hay ese vacío y el viento nocturno que me alcanza, por fin empiezo a ejercer el derecho al olvido.

El estado natural del universo es la oscuridad, todo es a los ojos de la luz, tanto que se requiere de la potencia de un sol para dar forma a un par de años luz de alcance apenas y que en su ausencia todo es nada en realidad. Podría golpearnos cualquier cosa en la oscuridad y jamás sabríamos si fue una roca o cualquier otra cosa.

El recuerdo es recuerdo solo por la posibilidad de lo sensorial, de lo inteligible.

En el resto e la noche, mientras la luna cambia su posición, cada vacío tiene ya la misma forma, y al llegar la mañana, ya bajo la luz del sol de igual manera.

Por fin meses después tengo la certeza de que pronto ya ni siquiera recordaré… no recordaré su presencia y por ende su ausencia.

www.duermevela.co